La disciplina sobre la inteligencia: un viaje de aprendizaje en medicina y el doctorado

Por Juan Esteban Franco Restrepo

Médico, especialista en Docencia Universitaria, doctor en Ciencias de la Salud.
Docente de la Facultad Medicina de la Universidad Antonio Nariño.
Correo: juanefranco@uan.edu.co



En la fotografía aparece Juan Esteban Franco, a la izquierda cuando era estudiante y a la derecha de docente.

Siempre he creído que los caminos más gratificantes rara vez son rectos y fáciles. Mi travesía en el mundo de la medicina y la academia, que comenzó en las aulas de la Universidad Antonio Nariño en el 2008, es un testimonio de ello. No fui el estudiante con las notas más altas de la promoción ni el más brillante; de hecho, muchas asignaturas representaron una montaña difícil de escalar para mí. Sin embargo, fue precisamente en esas luchas donde descubrí mi verdadera vocación: no solo aprender, sino enseñar.

Mi paso por el pregrado de Medicina, desde comienzos del año 2008 a junio de 2014, fue una lección de humildad y perseverancia. Me di cuenta de que la facilidad para aprender no es un don equitativo y que el sistema de enseñanza no siempre se adapta a todos por igual. Tuve la fortuna de conocer docentes excepcionales, aquellos que transformaban la teoría y la práctica en un arte, con historias fascinantes y aplicables. Pero también conocí a algunos para quienes enseñar era solo transmitir información y tomar asistencia con algún taller sin ningún tipo de retroalimentación.

Mi primer gran desafío llegó con el área de Fisiología en tercer semestre. Por más que estudiaba, releía textos y buscaba en internet, algunos temas simplemente no encajaban. Por ejemplo, me faltaba una orientación espacial para visualizar la célula y comprender el fundamento de cada proceso. Al final del semestre, aunque confié en mi preparación para el parcial, el resultado fue claro: debía repetir la asignatura.

Aquel revés, que entonces se sentía como un fracaso y un atraso de un semestre, se convertiría en una de las lecciones más valiosas de mi vida. Me enseñó, de la manera más dura, que una calificación, si bien no nos define, sí marca un punto de inflexión que exige honestidad y un cambio de estrategia. Esa contrastante experiencia sembró en mí una pregunta crucial: ¿Cómo se puede facilitar el aprendizaje para que ningún estudiante se quede atrás?

Durante esta travesía como estudiante, me vi en la obligación de reunirme en grupos de estudio. Trasnochábamos en casas de varios compañeros repasando para los parciales y hasta apostábamos entre compañeros por quién obtendría el promedio más alto: una forma lúdica de motivarnos. Con el tiempo, ya en mi doctorado, refiné estos métodos. Descubrí que mi estilo de aprendizaje es predominantemente visual, por lo que necesité ese contexto espacial, que tanto

anhelaba en fisiología, para comprender la patología. Además, complementaba esto con grabaciones de audio de las clases que escuchaba de camino a la universidad, aprovechando cada minuto.

Ese no fue, por supuesto, el único momento de prueba. La verdadera tempestad llegaría años después, durante las rotaciones de medicina interna y cirugía en séptimo y octavo semestre. Comencé con una motivación férrea, haciendo todas las lecturas y preparando mis presentaciones para las supraespecialidades con mis compañeros. Pero el ritmo era insostenible mental y físicamente: turnos que se extendían hasta 36 horas entre actividades como pasar revista, interconsultas, urgencias, asistencia en cirugía, así como la interminable carga de notas y evoluciones; todo lo anterior sumado a las clases y evaluaciones de la universidad. Así pues, dormir 2 o 3 horas, o a veces nada, dejó de ser una excepción para convertirse en la norma.

La búsqueda constante del mejor método de aprendizaje me hizo apreciar profundamente la diferencia entre un buen educador y uno que no lo es. Tuve la fortuna de encontrarme con maestros excepcionales como el doctor Monroy en Histología, así como profesores, en mi segunda oportunidad con Fisiología, que aplicaban el principio de parsimonia: la explicación más sencilla y clara es casi siempre la mejor.

El agotamiento físico y mental fue tan profundo que me llevó al borde del colapso físico y el fallo mental; una experiencia, por desgracia, demasiado común en nuestro campo. Por primera vez, contemplé seriamente la idea de renunciar. Sin embargo, en ese momento crítico, fue crucial el entendimiento y el apoyo de doctores que, habiendo pasado por lo mismo, comprendieron mis situaciones académicas y personales y, sin juzgar, me ofrecieron una palabra de aliento. Esta era la red de seguridad que necesitaba. Sumado a eso, la ilusión de mi familia, su orgullo y su fe en mí eran un motor que me impedía claudicar. Aprendí que, a veces, la verdadera fortaleza no está en empujar ciegamente, sino en tener la sabiduría de parar por un momento, respirar, aceptar el apoyo y, luego, con renovada determinación, volver a darlo todo.

La búsqueda constante del mejor método de aprendizaje me hizo apreciar profundamente la diferencia entre un buen educador y uno que no lo es. Tuve la fortuna de encontrarme con maestros excepcionales como el doctor Monroy en Histología, así como profesores, en mi segunda oportunidad con Fisiología, que aplicaban el principio de parsimonia: la explicación más sencilla y clara es casi siempre la mejor. Ellos contrastaban fuertemente con aquellos docentes sin didáctica, quienes se limitaban a poner exposiciones todo el semestre o que en la clínica partían de un mal trato, sin guiar ni explicar. Este contraste no me generó resentimiento, sino una pregunta: ¿Cómo se puede facilitar el aprendizaje para que ningún estudiante se quede atrás y aprenda mejor?

La respuesta a esa pregunta comenzó a gestarse incluso antes de graduarme. Como interno, rotando en el hospital de Meissen por Ginecología, Pediatría y Medicina Interna, tuve a mi cargo estudiantes de semestres inferiores. Guiarlos, refinar sus diagnósticos y enseñarles a elaborar notas de evolución me llenó de una satisfacción única. En el 2013 escribí en mis notas que quería ser docente: ya lo sentía. La transición, sin embargo, no estuvo exenta de nervios. Recuerdo mi primer día como profesor: agitado, con la voz un poco acelerada. Sin embargo, con el tiempo, cada clase, cada semestre, se hizo más fácil y natural.

La respuesta se hacía cada vez más clara y llegó de la manera más orgánica posible: dedicándome a la docencia, todo empezaba a encajar perfectamente. Estudié los métodos y comprendí las herramientas que tenemos a nuestra disposición, asunto que logré a partir de la Especialización en Docencia Universitaria en el 2016.

Desde hace siete años, poniendo en práctica estos conocimientos, tengo el privilegio de pararme al frente de las aulas y formar a las nuevas generaciones de profesionales de la salud. Mi experiencia como estudiante, en la que a menudo tuve que nadar contra la corriente, se convirtió en mi mejor herramienta. Me esmero por ser ese profesor que siempre quise tener: uno que explica con paciencia, que utiliza métodos diversos para llegar a cada estudiante, que entiende que una calificación no

define el potencial de una persona y que, sobre todo, ve en cada dificultad académica una oportunidad para mejorar su propia enseñanza.

Si el reto en el pregrado era superar barreras académicas, y en las rotaciones fue resistir el agotamiento físico y mental, el Doctorado en Ciencias de la Salud presentó un desafío de otro calibre: la absoluta independencia, la cual me exigió otro nivel de disciplina y pensamiento crítico. Ya no se trataba solo de memorizar, sino de crear conocimiento. Fue un desafío monumental que me obligó a refinar las estrategias de estudio que tantas veces tuve que improvisar durante la carrera.

Gracias a esta experiencia, comprendí que la clave no estaba en ser el más inteligente, sino en ser el más persistente, el más curioso y el que no teme a pedir ayuda. En este caso, la motivación era intrínseca, pues era un reto personal descubrir hasta dónde podía profundizar en el conocimiento. Así pues, los trasnochos pesaban de una manera diferente, un contraste diferente a los turnos impuestos. Existe una curiosidad insaciable y una satisfacción profunda al completar una tarea o al entender a un nivel de detalle inimaginable los procesos fisiopatológicos y nuevos tratamientos que en medicina solo había vislumbrado. Recuerdo pasar noches enteras hasta ver el amanecer desde mi escritorio, inmerso en cientos de artículos, aprendiendo y aplicando pruebas moleculares en los laboratorios de la universidad, adaptando protocolos e incluso creando un bioterio para investigación.

Cada avance, cada presentación en un congreso que pulía una y otra vez, así como cada clase que preparaba para mis estudiantes de Medicina con esta nueva y robusta base, se entrelazaban, permitiéndome pulir mis capacidades de aprendizaje y enseñanza de manera simultánea. En este camino, tuve la guía invaluable de grandes maestros, a quienes les agradezco inmensamente por introducirme al mundo de la investigación, las neurociencias, la genética, la química y la estadística; así como por esas lecciones de vida que inspiraron y moldearon mi deseo de ser un profesional integral. Todo empezaba a tener un norte.

Hoy, después de siete años enseñando, esa satisfacción se renueva constantemente. Ver la cara de un estudiante cuando finalmente entiende un concepto complejo, hace notas clínicas con un buen análisis o escribe su tesis independiente y adecuadamente es invaluable. Recibir un mensaje de un exalumno agradeciendo la enseñanza o ser reconocido por mi labor como docente, investigador o coordinador académico de la facultad (2018-2), son logros que llenan de propósito y orgullo mi carrera, mi vida personal y a los que me rodean.

Mi experiencia como aquel estudiante que tuvo que esforzarse frente a las adversidades académicas y pedagógicas se convirtió en mi mayor credencial para ser un profesor empático y efectivo. Mirando hacia atrás, el joven que reprobó Fisiología no imaginaría que ese tropiezo sería la semilla de su futuro. Este camino me enseñó que los sueños no se logran por una suerte innata, sino que se construyen con esfuerzo, resiliencia y la convicción de que se puede marcar la diferencia.

Siempre he pensado que en cualquier ejercicio y profesión existirán cosas que no nos gustará hacer, pero, aun así, se deben hacer. La universidad es un factor que influye: rodearse de grandes mentes nutre la expansión de los pensamientos, pero también hay que trabajar en ello; todo lo bueno toma tiempo y no se alcanzará con el esfuerzo mínimo y sin constancia. A los estudiantes que hoy dudan, les digo que permitan que sus desafíos los moldeen, busquen su propia forma de aprender y recuerden las palabras de Yokoi Kenji Díaz: “La disciplina tarde o temprano vencerá a la inteligencia”. El sueño de graduarse, de obtener un posgrado o de enseñar a otros es un horizonte alcanzable para todos aquellos que deciden no rendirse.